Poemas

Eduardo Langagne

PALABRAS QUE SE DESLIZAN

La palabra serpiente se desliza en mi página.

Es una palabra, no es una serpiente.

Si escribo *cobra*, *sierpe*,
una imagen se arrastra hacia el lector,
la sensación se desliza.

Si escribo *víbora*,
si añado la palabra *cascabel*,
no es una víbora de cascabel la que se arrastra por la página,
es mi escritura que se desliza entre el silencio.

Ya suena el cascabel;
el peligro se aproxima,
la víbora se acerca:
tengo miedo de que me aplique su ponzoña,
temor a esos colmillos que me impidan respirar.

Si doy vuelta a la página el peligro termina.

DONACIÓN DE ÓRGANOS: LAS COSAS QUE YO HE VISTO

Estos ojos han visto cosas que me han plomeado la pupila,
han mirado otras más que sofocan el iris
o alteran su atónita respuesta ante la luz.

Estos ojos diluidos por algunos libros,
sorprendidos por escenas
que los cines de provincias censuraban,
he de donarlos
para que desde otro cuerpo sigan viendo
cosas que no pienso predecir o adivinar.

Estos ojos en un tiempo pasado
habrían de alimentar a los gusanos;
hoy no consiento el saber popular que lo sugiere.

Donaré mi hígado teñido por el vino
y los riñones que bien han soportado
a los gerentes de la pesadumbre.

Quien reciba mi corazón
conseguirá que latan sus privilegiadas alegrías;
tendrá ocasión de causarle sus heridas personales.

Tomen lo que ofrezca todavía
un cuerpo partidario del amor
(aunque no siempre haya podido
ejercerlo a plenitud),

un alma que desde la mitad del siglo XX
vino a andar por el mundo posible
y a imaginar alrededor del imposible.

Tomen lo que logre serles útil
para que alguien pueda nuevamente
escuchar una canción, robar un beso
o dirigir sus ojos hacia el sitio que le dé la gana.

TÚ TRAES TU MEMORIA

Tú traes tu memoria,
muchacha,
 tu historia;
yo traigo la mía.

Están en la almohada
 sin nada
de filosofía.

LOS DEMÁS DE LA FOTO

ella temía que el amor que me tenía
fuera mayor al amor que yo a ella le tenía
y prefirió dejar de dar amor al amor que me tenía

ella tiene ahora a quien darle el amor que me tenía
el que no quiso darme a mí cuando tenía
mi amor que era mayor al amor que a mí ella me tenía

TESTIMONIO

Aun si supiera
que el mundo
explotará esta noche,
hoy también te diría
con un beso
“hasta mañana”.

AMIGAS MISTERIOSAS

...las amigas misteriosas del poeta,
escribió el joven Nervo.

Entre las perlas negras
que el poeta reunió en su juventud
encuentro algunas que ahora pulo,
engasto y renuevo en el collar de mis libros de diciembre.

Mis amigas misteriosas
han enviado mensajes hacia el final del año
y al inicio del nuevo.

No son exactamente misteriosas,
aunque todas encerraban sus misterios personales
y guardaban para sí
llaves de cofres en los que algunas veces asomé mi rostro.

Todos escondemos una llave,
o un manojito de llaves misteriosas y secretas,
claves que cierran el candado.

Las amigas se encuentran en un pueblo distante
donde el frío entumece las manos que redactan

o en las grandes ciudades congeladas del norte

o en el contraste natural de sol y brisa
de un recatado puerto de pocos habitantes

o en ciudades del sur del continente
donde el calor hace sudar memorias redentoras.

Quién sabe si alguna vez pensaron en su amigo
ante amores que se fueron,
ante amores que no llegaron nunca,
ante amores que todavía no llegan.

Ojalá no busques la mujer que encuentres,
me dicta la memoria.

Las amigas misteriosas del poeta
optaron por hombres de un oficio distinto,
volvieron la cabeza hacia otro punto cardinal
o abordaron el regreso a un camino conocido.

O la prudencia las llevó a rechazar
mi amargo café de las mañanas
que en su espejo oscuro
reflejaría tal vez su rostro arrepentido.

Las amigas del poeta eran libres de elegir
y tomaron la ruta que indicaba su albedrío
sin misterio mayor que el de la vida.

El que escribe
agradece íntimamente su presencia afortunada,
valora ese recuerdo que de él tengan
y celebra conservar el de ellas;
admite haberse equivocado cuando se equivocó,
acepta haber dudado alguna vez,
si guardó su corazón en el baúl con llave
y no miró con ojos reposados,
o tal vez nunca entendió que esa sonrisa
era el gesto de la posibilidad.

La lealtad lo tuvo resguardado en una mujer,
no desnudó su pecho
y optó por el camino conocido.

Interceptó la flecha que el pequeño dios desnudo
tenía lista en el arco tensado y con el ojo en la mirilla alerta.

Las amigas misteriosas del poeta, dice el joven Amado,
y no lo dice arrepentido; acaso evocador...